

perseguían cruelmente. Cuanto más fuerte era el golpe recibido, más apasionadamente se sumergía en el trabajo.

Por causas de fuerza mayor, las excursiones en busca de castus eran más y más raras. De vez en cuando, fatigado y hastiado de la monotonía de su vida, L. D. decía:

—“¿No crees que podríamos salir todo un día esta semana?

—Es decir, para “trabajos forzados” —bromeaba yo—; ¿por qué no?

—Sería mejor lo más temprano posible, ¿tal vez salir a las seis de la mañana?

—¿Por qué no?; ¿pero no te cansarías demasiado?

—No; eso me reanima, y además os prometo guardar la medida . . .”

L. D. acostumbraba alimentar sus conejos y gallinas, a los que gustaba observar, generalmente entre las siete y quince minutos o siete y veinte, y las nueve de la mañana. De vez en cuando dejaba esta tarea para imprimir en el dictáfono una u otra disposición, una u otra idea que se le había ocurrido.

Aquel día estuvo trabajando en el patio sin interrupción. Habiendo desayunado, me afirmó una vez más que hoy se sentía perfectamente bien y que quería empezar a dictar un artículo sobre la movilización militar en los Estados Unidos. Y, en efecto, empezó a dictar.

A la una de la tarde, nos visitó Rigalt, nuestro abogado en el asunto del asalto del veinticuatro de mayo. Después de esta visita, León Davidovich vino a verme para comunicarme que sentía mucho tener que posponer el artículo comenzado y volver al trabajo relacionado con el proceso del asalto. Resolvió con el abogado que era necesario contestar a “El Popular” en vista de que, en un banquete, habían acusado a L. D. de difamación.

—“Yo—dijo él, en tono de desafío—tomaré la ofensiva y les acusaré de calumnia.

—Que lástima que no puedas escribir sobre la movilización.